

TUDO ES NUEVO EN ROGNAR



*El aire es un calamar
que se abraza a mis pulmones
una esponja que me absorbe
me deseca.
El aire es el cuerpo de tu traición
Mi decepción.
Inevitablemente respiro
Y el aire me penetra,
me astilla, me descuartiza.
Y vuelvo a inhalar.
Aire. Siempre aire traición decepción.
Fatídico. Letal. Irresistible.*

(El aire - Paula Salmoiraghi)

Zary observó el líquido claro en la ampolla y se preguntó por cuánto tiempo seguiría siendo efectivo. No hay mucho de dónde escoger, pensó finalmente. Cargó la inyectora y se aplicó una dosis en el cuello. Pasó su identificación por el lector y, después de un instante, la puerta se deslizó sin ruido. El hall del área de laboratorios estaba atestado. Caminó entre los que yacían quejumbrosos, caminó tratando de mantener la calma y no pensar en cómo las toses y las respiraciones trabajosas se sumaban multiplicándose en las salas y pasillos. No envidiaba el trabajo del personal de cuidados médicos. *Pronto no tendrán dónde ponerlos*, se dijo. Notó que le sudaban las palmas, se las secó en el delantal en cuyo bolsillo podía leerse: Laboratorio de Investigación Médica, y apuró el paso.

Todavía le asombraba la rapidez con la que se había deteriorado la situación, le costaba creer que apenas unos meses antes incluso ella había logrado llevar una vida normal ahí. O por lo menos, tan normal como podía serlo en una instalación semienterrada, en un planeta de atmósfera irrespirable, en un sistema recién cartografiado. Zary pensaba a menudo que la estación, con el estilo urbano de su área residencial, sus calles, sus comercios y sus zonas de recreo, había sido

astutamente diseñada para que los que trabajaban y vivían confinados en ella se mantuvieran ocupados en la repetición de lo cotidiano, y así recordaran lo menos posible que la ciudad del domo y una pequeña operación minera resumían la presencia humana en Rognar, un planeta del que se sabía demasiado poco.

—Llegás tarde —dijo Simón, no bien Zary transpuso las puertas del laboratorio.

—¿Qué pensás hacer? ¿Despedirme?

El hombre apretó la mandíbula, pero no respondió, y ella sonrió para sus adentros. Hacerlo rabiar era uno de los pocos gustos que todavía podía darse.

—¿Continúo analizando las muestras?

—Sí —contestó él, sin apartar la vista de la pantalla que observaba.

—¿Encontraste algo nuevo?

—Nada todavía.

Y así repitieron casi sin variaciones la primera conversación que tenían todos los días. *Como un viejo matrimonio*, se dijo Zary, burlona; pero el pensamiento le dejó un regusto amargo. Mientras se dirigía hacia la cámara de experimentación en la que había dejado cultivando unas muestras, recordó la mañana en que, casi un año atrás, había llegado a Rognar. Balcan, su esposo, se veía particularmente digno en su traje oscuro y la había tomado de la mano al descender por la plataforma de la nave. Ella se había estremecido ante la tibieza del contacto, conmoviéndose con ese gesto, entendiéndolo como un intento de reafirmar la promesa hecha por él de un nuevo comienzo. Aquello era justo lo que necesitaba porque, a decir verdad, sentía miedo. Nunca antes había dejado su planeta natal y no tenía la impresión de que Rognar fuera demasiado acogedor: los informes lo describían como un mundo sin oxígeno, árido y frío, similar a la Tierra precámbrica. Además, había abandonado trabajo, familia y amigos, y había viajado hasta allí sólo para estar con él.

—¿Y Dariel? —preguntó Zary, otra vez en el presente, al notar la ausencia del muchacho.

Como si se hubiera tratado de una invocación, las grandes puertas del laboratorio se abrieron con un siseo y él entró. Simón se dio vuelta gruñendo que nadie se preocupaba por respetar el horario, que ya estaba harto. Entonces notó que Dariel se veía enfermo. Miró a Zary y vio que se había quedado parada con la bandeja de muestras en la mano y el color se le había ido de la cara. Dariel trató de sonreírles, pero sólo logró estirar los labios en una mueca trémula. Luego, sin decir una palabra, se dirigió hacia su estación de trabajo. Zary, incapaz de moverse, pensó con horror que el suero había dejado de protegerlo, que la infección hasta entonces mantenida a raya debía estar extendiéndose rápidamente por su sistema respiratorio y se preguntó cuánto tiempo les quedaría a ella y a Simón.

Esa noche, después de abandonar el laboratorio, Zary anduvo sin rumbo durante horas. Caminó con las manos en los bolsillos, absorta en sus pensamientos. En las calles desiertas, custodiadas por edificios de cuatro pisos, sus pasos despertaban una profunda resonancia. Caminó casi sin saber que lo hacía, sin la voluntad de dirigirse hacia su casa ni a ninguna otra parte; hasta que se encontró en el parque que había en el centro de la estación. Más allá de la senda iluminada, entre los setos y los canteros, las formas y los innumerables tonos de verde se desdibujaban, confundiéndose en un mar de sombras. Zary observó durante un momento el cordón de piedras blancas que limitaban la senda. Dio un paso para cruzarlo, y luego otro y otro. El corazón le latía con fuerza a medida que se adentraba en la penumbra. Sentía el aire húmedo de aromas indescifrables, sus pasos enmudecidos por el pasto. La brisa sutil y vacilante, en el continuo rumor de las hojas. Allá arriba, entre las copas pobladas y a través de la gran cúpula, brillaban las estrellas; nunca le habían parecido más frías y lejanas, más ajenas que en ese momento, y sin embargo... Se sentó sobre una piedra, dejándose envolver por la extraña calma de aquel sitio. Su silencio no era opresivo como el de las calles; el agua corría y con ella se escurrían, abandonándola, el miedo y la desesperanza. A pesar de todo

lo que había pasado, se sentía a salvo en ese lugar. Quizás porque ya antes había encontrado consuelo allí.

Aunque Balcan le había sido infiel muchas veces en el pasado, siempre había regresado; aunque había tenido muchas aventuras, nunca la había abandonado; pero al poco tiempo de llegar a Rognar la había dejado por una joven asistente, y al principio, Zary ni siquiera había podido experimentar rabia o dolor, se había sentido paralizada, incapaz de reaccionar. Era como si le hubieran quitado algo que no sabía que necesitaba. Era como si se ahogara, como si no pudiera respirar. Día tras día iba al parque y se sentaba allí, aguardando. Esperando la explosión que sabía que sucedería. La explosión en la se liberaría la maraña de emociones que se agolpaban cerrándole la garganta. Contemplaba el cielo a través de la cúpula, el maravilloso verdor del follaje habitado por los pájaros, y dejaba que su mente se vaciara de preguntas. Contemplaba el parque y sólo el parque estaba en su mente. Pero la explosión nunca llegó. Una parte de ella se congeló, se volvió cínica y mordaz, se envolvió en espinas para detener el sangrado. Y recién entonces, apoyándose en esa misma parte, Zary logró ponerse en movimiento otra vez.

Ya en esa época sabía que uno de los proyectos más ambiciosos de la estación era cultivar en suelo local, y el parque era una especie de prueba piloto. No producía alimento y su valor como pulmón era discutible, pero ella creía que representaba una forma de decirle a los residentes: “¿Ven? Echaremos raíces y prosperaremos aquí”; y en aquel momento esa era justo la clase de desafío en el que quería involucrarse.

—Su currículum es bastante impresionante —había dicho la supervisora, apartando la vista de la pantalla que era a la vez la superficie de su escritorio—. Pero lo lamento, no tenemos ningún puesto disponible para alguien con su grado de especialización.

—Me basta con ayudar en lo que pueda, con ser parte del proyecto. Y no aceptaré un no por respuesta, Reila —había contestado Zary, leyendo el nombre en la identificación que colgaba del bolsillo de ella.

La mujer había sonreído, quizás impresionada por esa insolencia que tenía algo de desesperación.

Zary había comenzado a trabajar en el parque pocas horas después de esa entrevista. Durante los primeros días realizó labores sencillas: trasplantaba a los canteros plántulas del invernadero hidropónico, ponía tutores a los tallos tiernos, hacía injertos y algunas podas. Pero Reila parecía ver con agrado el interés que ella demostraba por el estudio del comportamiento vegetal y poco a poco fue asignándole nuevas tareas, dejando que se involucrara cada vez más en el desarrollo del proyecto. Cuando uno de los encargados de relevamiento se enfermó, Zary completó el equipo que monitoreaba el crecimiento de las plantas y las formas en que se adaptaban a su nuevo hábitat.

—¿Ves? Desarrollaron raíces adventicias —le había dicho Chen, su compañero, apartando las hojas y los zarcillos de una enredadera que comenzaba a cubrirse de capullos—. Eso es muy raro en convolvuláceas. Pero este estudio recién está empezando y aún no se puede decir mucho acerca de lo que es normal o anormal en estas condiciones —abarcó con un gesto el suelo, el agua, el aire, incluso lo que estaba más allá de la cúpula—. Tomemos estos líquenes, por ejemplo —señaló unas manchas verdeazuladas que se veían sobre la corteza del árbol, entre las guías adheridas—. Están por todo el parque, y es bastante extraño porque no recuerdo que se hayan incluido líquenes entre las especies seleccionadas para la prueba. Trajimos pájaros e insectos para colaborar con la polinización, imitamos el viento y la lluvia mediante el sistema de ventilación y otros dispositivos ocultos en la cúpula, pero —agregó con tono rimbombante— Todo es nuevo en Rognar.

Ese era el lema de la estación, estaba presente en todas las reparticiones, en todos los mensajes oficiales, hasta lo llevaban impreso en sus uniformes y Zary siempre lo había encontrado un poco inquietante, pero en esa ocasión no pudo evitar sonreír ante el modo en que él lo había dicho. A Chen parecía encantarle su trabajo, se mostraba exultante, y Zary sintió el impulso de atacar su entusiasmo casi ridículo con

algún comentario malicioso, de responderle que, para ella, aquella frase demostraba ignorancia más que ninguna otra cosa; pero no dijo nada. Registraron sus observaciones, tomaron algunas muestras y siguieron adelante. Era una hermosa mañana y Zary se sentía casi de buen humor. Empezaba a creer que podría llegar a disfrutar de su nueva vida. Sólo algunas noches, muy de vez en cuando, en la soledad y el silencio de su pequeño alojamiento, se acordaba del dolor.

Las convolvuláceas siguieron creciendo y poco tiempo después florecieron en un estallido. Sus delicadas flores en forma de campanilla atraían a los insectos y llenaban de color las matas trepadoras en las que las enredaderas se habían convertido. Las flores eran frágiles y se marchitaban rápidamente una vez cortadas, pero duraban bastante en las plantas. Su inocente belleza esparcida alegraba los setos y mientras duró la floración el parque atrajo más visitantes que nunca.

A Zary, sentada sobre la piedra y rodeada de sombras, le parecía increíble que de todo aquello hubieran pasado sólo seis meses. Se puso de pie sacudiéndose la ropa, como tratando de quitarse de encima tanto el polvo como los recuerdos, y se encaminó hacia su casa.

A la mañana siguiente, Dariel se veía peor. Respiraba ruidosamente, estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos. Se presentaba a trabajar después de que le tomaran muestras de sangre y de esputo en el Laboratorio de Análisis Clínicos.

—Dijeron que controlara la fiebre y me mantuviera hidratado, que mientras pudiera estar de pie no me admitirían en las salas. Creí que acá podría hacer algo y la pasaría mejor que en casa. —Sonrió estirando los labios reseco y agregó socarronamente— Además, queridos, no crean que se alzarán ustedes solos con la gran gloria del descubrimiento.

—Entonces dejá de perder el tiempo y ayudame con esta clasificación —respondió Simón.

Zary pensó que Dariel no tenía parientes en la instalación. Nadie a quien cuidar o que cuidara de él. En realidad, ella y Simón eran lo más parecido que tenía a una familia.

—El trabajo no va a hacerse solo —terció desde su estación.

Casi en el acto sintió un estremecimiento. Reila utilizaba esa frase todo el tiempo. La había usado cuando le propuso que la ayudara en el Laboratorio de Botánica.

Zary recordó que al principio había dudado ante su propuesta porque, si bien era un tipo de labor en la que tenía experiencia, lo que más le gustaba del trabajo que hacía en ese momento eran sus escasas responsabilidades. Pero se dijo que estaba lista, se lo repitió un par de veces como para infundirse valor, y finalmente aceptó. Fue cuestión de comenzar, nada más, porque de inmediato se sintió a sus anchas. Además, no se trataba sólo del control rutinario del proyecto del parque. Reila había dado con lo que llamaba “un pequeño desafío” y Zary pronto se halló compartiendo su interés. Estaba relacionado con las manchas que había señalado Chen durante esa primera mañana de relevamiento. Se había comprobado que en el parque existía una importante y variada población de líquenes con la que nadie había contado pero según Reila, lo más interesante de la situación era que, en todos esos casos detectados en los que vivían asociados un hongo y un alga, los ficobiontes eran muy similares y tenían características de cianobacterias.

—Algunas cianobacterias poseen heterocistes que le permiten fijar el nitrógeno del aire y reducirlo a amonio, una forma que todas las células pueden aceptar; pero estas no se parecen a ninguna otra bacteria que yo haya visto y, modestamente, he visto muchas —había dicho Reila al comenzar su explicación.

Luego había detallado cómo el estudio y la comparación de las diversas muestras la habían llevado a preguntarse si toda esa diversidad no tendría un origen común, si no sería una misma bacteria la que estaría diseminándose por todo el parque, mutando para combinarse con otros organismos, y originando así gran variedad de inesperadas asociaciones. Al notar que Zary levantaba una ceja, había enfatizado:

—Sé cómo suena lo que digo. Pero si estoy en lo cierto... Quizás algo así podría terminar teniendo impacto en todo el ecosistema del parque.

Zary pensó que no sería algo tan raro de ver, en realidad. Algunas bacterias son simbioses de plantas acuáticas a las que suministraban nitrógeno. Recordaba haber leído que los plastos, esos orgánulos presentes en las células de las plantas, se originaron como células independientes adquiridas por una forma de simbiosis. Las bacterias que forman parte de la flora intestinal, por ejemplo, se consideran simbioses endosomáticos. Gracias a ese tipo de asociación, los organismos eucarióticos disfrutaban de la capacidad de realizar procesos metabólicos que evolucionaron originalmente en bacterias, como la respiración, la fotosíntesis o la fijación biológica del nitrógeno.

—Pero incorporaciones de ese tipo no ocurrieron de un día para otro —repuso Zary. —Además, si sufren tales transformaciones, ¿cómo podrías estar segura de que se originaron a partir de una misma bacteria? ¿Cómo la identificarías?

Reila le dedicó una gran sonrisa, como si hubiera estado esperando que hiciera esa pregunta.

—Los orgánulos de origen endosimbótico aparecen muy transformados, pero conservaban un genoma propio y se multiplicaban autónomamente, revelando su origen como organismos distintos.

A Zary le resultaba contagioso el entusiasmo de Reila y había llegado a interesarse en el tema, pero tanta explicación terminó por marearla y apenas pudo seguirla cuando ella se largó a hablar de la teoría de la endosimbiosis en serie desarrollada por Lynn Margulis, que a una visión darwiniana de animales, plantas y, en general todos los pluricelulares como seres individuales, contraponía la visión de comunidades de células autoorganizadas, otorgando a estas células la máxima potencialidad evolutiva.

Aquella había sido la primera de muchas noches en las que se quedaron trabajando juntas. A veces se les hacía de madrugada antes de que se dieran cuenta. Entonces

buscaban algo de comer, cualquier cosa, y se quedaban charlando y tomando café hasta que llegaban los demás.

Zary disfrutaba evocando esos días, frecuentemente pensaba en ellos como los buenos tiempos. Sin embargo, al levantar la mirada y ver a Dariel, su rostro demacrado, sus gestos inseguros, no pudo evitar sentir que esos días habían quedado a siglos de distancia. Regresó al análisis de las muestras que la ocupaban, sabiendo que pronto Simón le pediría los resultados.

Cuando entró en el laboratorio dispuesta a comenzar una nueva jornada, no vio a Dariel en su estación de trabajo y tuvo miedo de preguntar.

—Él está bien —dijo Simón, sin darse vuelta—. Avisó que llegaría un poco más tarde. Sólo un poco más tarde de lo usual —lo remedó afinando la voz. Y gruñó—: Ya nadie respeta el horario.

Aliviada, Zary sonrió. Le conmovía el interés que evidenciaba ese comentario, incluso detrás de su aparente frialdad; y también le divertía adivinar en él una franca provocación, la movida inicial de una de esas partidas verbales que ella y Simón solían disputar. Estaba a punto de hacer su propia movida irónica respondiendo “No todos son tan perfectos como tú”, cuando sintió una vibración en el costado. Era su comunicador. Tardó en comprenderlo porque hacía mucho tiempo que no recibía llamadas, sólo lo llevaba consigo por la alarma que le recordaba cuándo inyectarse. Al leer el código que aparecía en la pantalla sintió como si le faltara el aire. Murmuró para sí misma: *Balkan*.

El área de extracción minera no estaba lejos, pero las características del terreno hacían que fuera un trayecto largo y difícil. Mientras manejaba el vehículo de reconocimiento, Zary pensaba que lo bueno de esa situación de crisis era que ahora su identificación abría muchas puertas y nadie le pedía explicaciones al solicitar piezas de equipo.

La zona en la que se había construido la instalación era una meseta con un lago, rodeada de montañas y al abrigo de